

Momentos difíciles y momentos de prueba **Rebeca Reynaud**

John Henry Newman nació en 1801 y se hizo presbítero anglicano en 1825. En su época, Oxford no sólo era una universidad que formaba a los líderes del país, sino también donde se formaba el clero anglicano.

Newman se formaba en el Trinity College. Posteriormente trabaja en Oriel College como *fellow* o instructor de alumnos. Pasaron veinte años y, después de reflexionarlo y orar, Newman se convierte al catolicismo. Fue duro dejar la iglesia en la que había crecido, para introducirse entre desconocidos con quienes no sentía ninguna afinidad. Por entonces, la Iglesia Católica en Inglaterra seguía siendo una Iglesia perseguida. Seis meses después de llegar a Roma para cursar los estudios eclesiásticos, fue ordenado sacerdote. Su nivel de educación y cultura era muy superior al de sus profesores y compañeros; pero siguió adelante. Por encargo papal, trabajó en la realización de la primera Universidad Católica de Irlanda. Pudo darse cuenta de las duras imposiciones de la corona inglesa sobre Irlanda. Sufrió al comprobar que la Iglesia verdadera de Cristo estaba igualmente formada por hombres, con defectos, limitaciones y debilidades.

Durante la segunda mitad de su vida sufrió persecución de parte de algunos anglicanos, pero también sufrió igualmente la sospecha de algunos católicos. Sin embargo, al final de su vida pudo reconciliarse con el mundo inglés que amaba y el Papa León XIII lo hizo cardenal en 1879. Él no lo deseaba, pero ello confirmó que sus esfuerzos por servir a la Iglesia habían dado fruto.

Newman fallece en 1890, y, el 18 de septiembre de 2010, el Papa Benedicto XVI presidió su beatificación en Coventry. John Henry Newman es el más brillante converso inglés al catolicismo del siglo XIX.

Como Henry Newman, toda persona que lucha por ser coherente tiene también sus momentos difíciles y sus momentos de prueba. Lo importante es no perder la paz ni la alegría, sino saber que el dolor purifica el alma, y tarde o temprano lleva fruto. A esa persona se le podría decir con certeza: "Si eres fiel serás probado, zarandeado, hecho añicos".

Cuando se sufre una grave injusticia o una incomprensión hay que saber que el Señor lo ha permitido para nuestro bien *indudablemente*. El hombre de fe sabe que su vida no puede depender de las reacciones de los demás o de su aceptación. Sabe que –como Newman–, cuanto más dones se tienen, más riesgos se corren.

El hombre es desdichado porque *no sabe* que es feliz. **San Agustín** escribió: "*Dios lo que más odia después del pecado es la tristeza, porque nos predispone al pecado*". Efectivamente, la tristeza origina faltas de caridad, despierta el afán de compensaciones y permite, con frecuencia, que el alma no luche con prontitud ante las tentaciones. "La tristeza mueve a la ira y al enojo", dice San Gregorio Magno (*Moralia* 1,31,31).

León Tolstoi, literato ruso, plantea tres frentes de lucha:

1º La pasión por el juego. Lucha posible.

- 2º La sensualidad. Lucha muy difícil.
- 3º La vanidad. La más terrible de todas.

¿Por qué la vanidad es tan terrible? San Bernardo asegura que la vanidad derriba de lo más alto a lo más bajo, y la humildad levanta de lo más bajo a lo más alto"...Por eso, en su libro *La autoestima del cristiano*, Michel Esparza dice: "A la larga, el orgullo siempre resulta ser el peor de los vicios y la humildad la más importante de las virtudes" (p. 28).

El orgullo es un problema universal que no se resuelve mientras cada uno de nosotros no reconozca que está personalmente implicado en el asunto."Si alguien quiere adquirir la humildad –afirma C.S. Lewis-, creo que puedo decirle cuál es el primer paso. El primer paso es darse cuenta de que uno es orgulloso. Y este paso no es pequeño... Si piensas que no eres vanidoso, es que eres vanidoso de verdad" (Cfr. *Mero Cristianismo*, p. 141).

El hombre actual se considera con todos los derechos pero sin obligaciones, y a veces desconoce que, si está bautizado, tiene un llamado a la santidad. ¿Por qué es importante hacer conciencia de la llamada recibida en el Bautismo? Porque un santo importa a Dios más que cientos o miles de tibios, por eso hemos de tener el ideal de ser santos en las ocupaciones más ordinarias de cada día. Puede dar miedo plantearse ser luchar por ser santos porque se sabe que los santos han pasado por pruebas de todo tipo, y paradójicamente, a pesar del dolor han vivido con alegría.

San Pablo nos dice: *Luchamos en medio de la honra y de la deshonra, en calumnia y en buena fama; como impostores siendo veraces; como desconocidos siendo bien conocidos; como moribundos, y ya veis que vivimos; como castigados, pero no muertos; como tristes pero siempre alegres; como pobres pero enriqueciendo a muchos; como quienes nada tienen, aunque poseyéndolo todo* (2ª Corintios 6, 8-10). Y añade: "La leve tribulación de un instante se convierte para nosotros, incomparablemente, en una gloria eterna y consistente" (2ª Cor 4, 17).

San Pedro también comparte su experiencia cuando escribe: "No se sorprendan del fuego de persecución que ha surgido que ha prendido por ahí para ponerlos a prueba, como si les sobreviniera algo nunca visto. Al contrario, alégrese de compartir ahora los padecimientos de Cristo, para que, cuando se manifieste su gloria, el júbilo de ustedes sea desbordante" (1ª Carta, 4, 7-14).

Muchos deseamos atraer la benevolencia divina ¿pero cómo? El Papa Benedicto XVI dice: "Toda prueba aceptada con resignación es meritoria y atrae la benevolencia divina sobre la humanidad entera" (Mensaje para la 14ª Jornada mundial del enfermo, 11-II-2006). Ahora bien, hay que pedir al Espíritu Santo saber discernir "entre la *prueba*, que nos hace crecer en el bien, y la *tentación*, que conduce al pecado y a la muerte" (CCEC, n. 596).

Los primeros cristianos pasaron por muchas pruebas: de incompreensión, persecución, maledicencias..., y las llevaron con alegría porque se acordaban de que Jesús dijo: "Bienaventurados cuando los injurien, los persigan y digan cosas

falsas de ustedes por causa mía. Alégrese y salten de contento, porque su premio será grande en los cielos, puesto que de la misma manera persiguieron a los profetas que vivieron antes que ustedes” (Mateo 5, 11-12).

Se trata entonces, de edificar nuestra vida sobre cimientos sólidos, para no ser arrebatados cuando brame el vendaval o las olas furiosas del enemigo. Por eso Jesús dijo: “El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica, se parece a un hombre prudente, que edificó su casa sobre roca. Vino la lluvia, bajaron las crecientes, se desataron los vientos y dieron contra aquella casa; pero no se cayó, porque estaba construida sobre roca” (Mateo 7, 24-25).

El dolor es una flecha que apunta a Dios, pero a veces apunta a la desesperación; la voluntad se subleva. El dolor subraya el tema de la limitación. Hay situaciones en que el corazón humano se queda demasiado pequeño, necesitamos pedir el amor de Dios para amar. Dios es cariño concreto, contante y sonante.

Cristo nos podría decir: Contemplan mi sacrificio para que puedan soportar el suyo con serenidad. Les pido que me amen, ya que les he dado tanto amor sacrificándome. Para llegar a amarme es necesario atravesar los caminos más difíciles. En el dolor y el sufrimiento el hombre se rebela contra Mí, pero Yo, estando siempre en su corazón, aguardo en un rinconcito oscuro de ese corazón el instante en que la rebelión se transforma, primero en aceptación y luego en amor por mí. Porque Yo voy al encuentro del que sufre, aun en rebeldía, y consigo siempre traer al que sufre entre mis brazos; entonces, hablo al corazón doliente y le hago mis promesas de una alegría futura. El don más grande que hacemos a los hombres, es la fe. Es un don para la vida terrena y, sobre todo, para obtener la vida más allá de la vida.

Juan Pablo II decía que le tenía más miedo al estado de bienestar de Suecia que a la persecución de Stalin, porque la persecución nos hace vibrar; en cambio, el bienestar lleva a la tibieza, al aburguesamiento del alma.